

VIDA MONÁSTICA Y TRABAJO³

El trabajo específico del monje es la *búsqueda de Dios*. De allí, la prioridad jerárquica dada por la Regla al *Opus Dei*, ese trabajo “eclesiológico” de la comunidad monástica, bañada de gratitud, adoración, profetismo, intercesión significando en Jesucristo presente, la irrupción continua de Dios en el tiempo y la respuesta actual del hombre a su iniciativa salvífica.

Pero la verdad es que esta actividad suprema es culminación y fuente de otras, no menos expresiva de la búsqueda de Dios, y que san Benito incluye en el cuadro normal de la vida de los monjes: la *Lectio Divina*, esa rumia de la Palabra para tener un encuentro personal con Él (“es tu Rostro Señor, que yo busco”, *salmo* 26,8); y el *trabajo* (cfr. cap. 48 de la *Santa Regla*), sobre el cual me corresponde, en este encuentro de monjes y monjas de América Latina, hablar con otros hermanos en panel. Dividimos nuestra intervención de la siguiente manera: a mí, la tarea de hacer una exposición más genérica sobre el trabajo (una especie bien modesta de noción teológica); después Madre Lucía, de Belo Horizonte, hablará sobre el trabajo de las monjas; de inmediato, Dom Ireneo, de Olinda, sobre el de los monjes; y, finalmente, Dom Esteban de Curitiba, concluirá con algunas perspectivas sobre el trabajo monástico en la civilización actual, especialmente en las condiciones de nuestro continente.

El primer movimiento fue hacer un estudio sobre el trabajo en la *Regla* de san Benito, procurando elaborar una síntesis de los datos concretos y de los presupuestos doctrinarios de esta materia en nuestra regla. Reflexionando mejor, encontré preferible partir de otro enfoque: ¿Qué debemos hoy pensar de nuestro trabajo? Esto nos ayudará a resolver el problema de nuestros *modos* corrientes de nuestro trabajo, tarea ineludible de nuestra generación, en nuestro tiempo, en nuestra geografía político-social.

1. Una doctrina cristiana del trabajo, siempre inspirada en la Revelación escrita, no puede elaborarse, sin tener en cuenta el choque de los acontecimientos de la historia, que también son expresión de la Palabra de Dios, manifestada en los “signos de los tiempos”. Aquí no se trata de una simple concesión apologética al sentido que tomó el trabajo en la civilización como resultado de la revolución tecnológica-sino, sí, del progreso intrínseco de un conocimiento renovado de la condición humana de la creación y de la historia. No se piense, es claro, que esa articulación del hombre con el mundo no haya sido percibida antes de la revolución industrial. Pero ésta mostró con mayor claridad, a pesar de toda su ambigüedad, el designio de Dios sobre el hombre y el inundo, permitiendo concebir la función integral del trabajo a la “economía” divina.

Durante siglos y siglos, zonas enteras del cristianismo occidental cedieron al peso de un “espiritualismo” dualista, según el cual el trabajo sólo tiene valor por las intenciones subjetivas que lo animan. De este modo no se podía integrar en el Plan de salvación la construcción de la ciudad de los hombres y el progreso del mundo. En plena aurora de la revolución que modificaría de una vez por todas la imagen del mundo y del papel del hombre en su construcción en la historia, el *Syllabus* proclamaba expresamente que el Papa no podía reconciliarse con el progreso... Fueron necesarios grandes esfuerzos y sufrimientos para que, restaurándose y profundizándose la visión dada por inúmeros textos del Antiguo y Nuevo Testamento, así como por la exégesis patrística oriental y por los doctores escolásticos, e inclusive por propia experiencia viva de los monjes de san Benito, se restituyese al trabajo su significación más profunda, según la mente de Dios, es decir, ser el acto propio por el cual se hace el encuentro del hombre con la naturaleza, de la cual éste es solidario y demiurgo, responsable de llevarla a sus últimas potencialidades, incluso aquellas que el hombre sólo

³ Tradujo: Hna. Ma. Cándida Cymbalista, osb. Abadía de Santa Escolástica. Buenos Aires, Argentina

puede conocer Por la Revelación y realizar bajo el dominio de la gracia: la transfiguración final del mundo, Novia del Cordero, en la Pascua definitiva del universo, cuando aparecerán “los cielos nuevos y la tierra nueva”.

Por el trabajo el hombre entra en relación con el universo, recapitula en si todos los grados del ser escalonados en el Cosmos -desde el espíritu hasta la materia- y realiza su propio destino, realizando al mismo tiempo el de la Naturaleza.

Ese tema, desarrollado por el marxismo, no se solidariza esencialmente con su visión materialista, pues es una verdad inserta en la visión que Dios mismo revela de su Creación. Son conocidos los textos clásicos del *Génesis* (1,27-30) y *Romanos* (8,19. 22), entre muchos otros por los cuales se puede definir el trabajo como la propia” articulación de la historia temporal de la cual el hombre es el autor, con el Reino de Dios cuyo destino escatológico no reduce su presencia interior en el tiempo”. Esto no quiere decir que el hombre se defina integralmente por el trabajo, pues, a pesar de perfeccionarse por él (la “techne” es una *virtud* que hace al hombre ser más hombre), el hombre, por otra parte imprime a la naturaleza intenciones que la dominan, produciendo un mundo en el que no sólo se da la acción de las simples fuerzas naturales. La “techne” introduce en el mundo de las cosas una racionalidad que proviene de una promoción del hombre y de la civilización del trabajo.

Ella desarrolla, por otra parte, la inmensa red de las solidaridades de una creciente socialización que ofrece la promesa de comunicar a todos los hombres los bienes de la civilización y de la cultura.

Así, el trabajo no sólo perfecciona a la creación, sino que permite encarnar el amor. Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento, el trabajo se da siempre en vistas del bien de la comunidad.

No ignoramos ni podemos reducir, sin embargo, la profunda ambigüedad inseparable de toda obra humana. San Pablo habla de las “potencias” maléficas que mantienen al mundo bajo su dominio e infiltran en la creación un veneno que la deteriora y la puede llevar a la blasfemia y al suicidio. Sólo la victoria de Cristo triunfó de estos poderes del mal y comunica progresivamente el rescate operado de una vez para siempre, a través del hombre restaurado por la Pascua.

Es así que, en la perspectiva de la Revelación el trabajo es también culto “litúrgico” y oración. Toda la actividad humana, impregnada de caridad se torna “sacrificio” de “agradable perfume, ofrenda que Dios recibe con agrado” (*Flp* 4,18). “Ya comáis, ya bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (*I Co* 10,31). Somos un pueblo sacerdotal en todo lo que hacemos. Es en ese sentido que todo trabajo es en sí mismo embebido de cierta unción “orante”, que, en la Regla de san Benito, se articula armoniosamente, dentro del cuadro normal de la vida del monje, con la *Lectio Divina*, con el *Opus Dei*, con la oración formal, con las relaciones, con todo, en fin, lo que constituye en su conjunto, por la obediencia, por la estabilidad y por la “*conversatio morum*” cenobítica, el esfuerzo del monje en su búsqueda de Dios -trabajo unificante de su vida-. La cultura, además, fruto del trabajo, conoce, en la Eucaristía su máxima expresión de culto.

2. Resumiendo, pues, y concluyendo estas breves líneas de una noción teológica del trabajo podemos afirmar:

a) El mundo en peligro no puede ser salvado por un abandono a las fuerzas económicas. Es preciso, para que el hombre y el mundo se salven, que los hombres vuelvan a sus valores auténticos.

b) El primero de ellos es la fidelidad al trabajo, acto mismo por el cual el hombre encuentra la naturaleza y la perfecciona a la vez que se perfecciona él mismo y la sobrepasa.

- c) El trabajo no obstante, no define integralmente al hombre, que tiene exigencias de gratuidad y una dimensión que escapa a la naturaleza aún cuando sea perfeccionada.
- d) El trabajo, y el mundo que él construye, está sometido a la ambivalencia propia a la condición del mundo caído. En Cristo, sin embargo, por la purificación del pecado, asume dimensiones constructivas que desembocan en el Reino de Dios, que es a la vez escatológico e interior al tiempo.
- e) Ciertos elementos constitutivos de la mentalidad técnica manifiestan incompatibilidad (de hecho) entre la fe y la civilización industrial: racionalidad, culto de la eficacia, optimismo del progreso. El cristiano conservará a ese mundo nuevo la dimensión de la gratuidad, del mesianismo contestatario de los profetas, del realismo que no ignora las ambivalencias del progreso - muchos de los cuales son hoy sentidos por todos: la contaminación del medio, la catástrofe atómica, etc.
- f) El trabajo libera. Pero toda liberación tiene riesgos. La promoción espiritual del hombre no se realiza gracias a una libertad de indiferencia en relación a las operaciones del hombre. Ella exige, por el contrario opciones correspondientes al ser del hombre y a la dignidad de la persona humana. Justamente por ser libre el hombre es capaz de crear su medio.
- g) Por razón de la desacralización del mundo, el trabajo del cristiano y, por tanto, del monje, debe ser “misionero”, es decir testimonio de Dios en un mundo “profano”, liberado de las imágenes de un mundo sacral.
- h) El cristianismo debe ser católico no sólo respecto del espacio, sino también respecto del tiempo. No se puede dejar la fe a una mentalidad pretécnica. La fe al contrario, se oriente hacia el fin de los tiempos, hacia la consumación de las cosas, en la cual entra el trabajo.
- i) La participación del hombre religioso en la vida económica apunta a la producción de bienes y a la justa satisfacción de todos. Ella es, por tanto, animada por la fraternidad.
- j) La fraternidad incluye necesariamente la dimensión profética de la pobreza. Sólo el pobre es capaz de cuestionar las estructuras sociales, y de reivindicar el poder del trabajo para la construcción de la comunidad de los hombres y la emancipación de las personas. Él es la protesta viva contra la avaricia, que es idolatría del orden establecido.

Fuentes principales:

Chenu: *Trabalho e Profissao num mundo em mutação*. Col. “Questoes abertas” 1, Vozes 1966.
Verbete “Travail”, il: *Encyclopedie de la Foi*, Cerf. - *Théologie de la matiere*. Col. Foi Vivante, Cerf.

Maucir Gabin: *O trabalho do religioso, sinal de libertação para si e para os outros*, in *Convergencia*, Dez, 1971.

Timóteo Amoroso Anástácio, OSB: *O trabalho na Regra de S. Bento*. Inédito. 1947.

*Monasterio de San Benito. C. P. 1138
40000 Salvador – Bahía - Brasil*